SEPARACION ENTRE "LO MISMO" Y "LO OTRO" EN OCTAVIO PAZ

MARIE JOAN PANICO

Uno de los aspectos más importantes y constantes de la obra de Octavio Paz—tanto en prosa como en verso—es la repetición de los temas de soledad y trascendencia. En la mayoría de los casos su enfoque se relaciona con el concepto universal del origen del hombre, que en el estado prístino es un ser completo, pero en el estado actual (después de la Caída) es un ser fragmentado y solitario. Según el pensamiento octaviano, la soledad existe porque el hombre está separado de su ser, y es, en realidad, dos—el "otro" es el extraño y a la vez el doble.[1] El dilema de la heterogeneidad convierte su existencia en una incesante búsqueda de ese "otro" puesto que la "otredad" es irremediable desde el momento en que Paz piensa que sólo puede recuperar su totalidad, su Ser Completo, mediante la fusión de su ser con la "mitad perdida." El mismo lo expresa como sigue: "El precipitarse en el Otro se presenta como un regreso a algo del que fuimos arrancados. Cesa la dualidad, estamos en la otra orilla" (*Arco*, p. 127).

Sólo con el espíritu de un total abandono es capaz Octavio Paz de trascender su soledad y fragmentación en una comunión que tiene lugar en esta "otra orilla," y uno de los vehículos principales de trascendencia hacia ese estado ansiado es la mujer. No es el propósito de este estudio abarcar un análisis de la mujer y el erotismo en la poesía de Octavio Paz sino citar de su prosa temprana con el fin de descubrir y comprender mejor su filosofía y pensamiento respecto a los mismos.

La convicción de Octavio Paz de que la soledad del hombre comienza en el momento en que es arrancado de la seguridad del seno materno coincide con una visión freudiana de la condición universal del hombre. Por tanto, no debe sorprendernos que Paz se detenga con tanta persistencia en los temas que tratan del amor, de la mujer y del erotismo. Creemos que esto es una manifestación—consciente o subconsciente—del deseo del hombre de volver al claustro materno huyendo del caos y de la inseguridad de su existencia mundana. Sin embargo, la forma en que Paz trata estos temas es muy diversa.

Para iniciar la discusión de estos motivos, deberíamos considerar algunas de sus observaciones sobre la mujer en general. En *El laberinto de la soledad* declara que la inferioridad de la mujer con respecto al hombre está explicada por la naturaleza de su anatomía: "Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su 'rajada' herida que jamás cicatriza."[2] De acuerdo con este mismo punto de vista, el hombre es superior a la mujer porque es cerrado anatómicamente. Se refiere al hombre como "... un ser hermético, encerrado en sí mismo ..." (*Lab.*, p. 28). Según el autor, a la mujer le falta individualidad e independencia y, en consecuencia, el fin primordial de su existencia es servir como instrumento de los deseos del hombre o ejecutar pasivamente el papel que le asignen la ley o la sociedad: "Como casi todos los pueblos, los mexicanos consideran a la mujer como un instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que le asignan la ley, la sociedad o la moral" (*Lab.*, pp. 31-2). Esta atribución de inferioridad de la mujer debido a una interpretación subjetiva del significado de su anatomía nos parece muy discutible. ¿Por qué lo abierto es inferior a lo cerrado? ¿Por qué considerar a la mujer como abierta y al hombre como cerrado? Todas éstas son cuestiones que, llevadas hasta sus últimas consecuencias, pondrían en tela de juicio las conclusiones de Paz con respecto a la inferioridad de la mujer, lo cual ha sido motivo de comentario entre los estudiosos de nuestros tiempos. No han faltado los que aseguran exactamente lo contrario: la superioridad—inclusive y especialmente anatómica—de la mujer. El concepto de Paz, sin embargo, es algo tan vital para la comprensión de sus obras que debe ser elaborado.

Como se ha señalado, Octavio Paz ve a la mujer como un instrumento de trascendencia más que como objeto del verdadero afecto o del amor. Ella encarna todos los elementos del cosmos con los que desea ardientemente fundirse. Por su sumisión al hombre en el acto amoroso, se convierte en un medio para un deseo de proporciones metafísicas: "Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal ... es el canal del apetito cósmico" (*Lab.*, pp. 32-3). Esta afirmación indica claramente que Paz se sirve de la tradicional naturaleza pasiva de la mujer con el fin que se proyecta más allá de la satisfacción sexual. El "apetito cósmico" que menciona se relaciona con su concepto del hombre como criatura heterogénea en búsqueda de totalidad. Paz encuentra esta "mitad perdida" en una comunión que, como ya hemos visto, tiene lugar en "la otra orilla." Afirma claramente que la mujer es el objeto de esta comunión, y el vehículo usado para alcanzar el lugar inefable cuando dice: "la mujer ... es mediación, puerta de acceso a la otra orilla" (*Arco*, p. 238). Explica que la mujer representa tradicionalmente "lo otro," lo contrario al hombre, pero, al mismo tiempo, su complemento. El hombre la convierte en objeto de sus deseos y, al hacerlo, la vuelve instrumento de su supervivencia, su placer y su conocimiento. A través del acto sexual se puede percibir, aunque imperfecta y sólo temporalmente, una reunión del segmentado ser espiritual del hombre. De este modo, para Octavio Paz, el éxtasis del amor es una revelación de la totalidad: "La experiencia amorosa nos da de una manera fulgurante la posibilidad de entrever, así sea por un instante, la indisoluble unidad de los contrarios. Esa unidad es el ser ... el amor, la alegría del amor, es una revelación del ser" (*Arco*, p. 146).

El siguiente pasaje nos trae a la mente la figura octaviana solitaria en su laberinto. Está obsesionado por la obligatoriedad de continuar su búsqueda y reconoce sus vehículos. Así, la ansiedad va marcada por el optimismo: "El hombre anda desforado, angustiado, buscando a ese otro que es él mismo. Y nada puede volverlo en sí, excepto el salto mortal: el amor, la imagen, la Aparición" (*Arco*, p. 128). El empleo de la palabra "Aparición" es ambiguo. A veces parece que se refiere a la inspiración poética. Sin embargo, en el ejemplo siguiente, es una referencia indudable a la mujer: "... toda aparición implica una ruptura del tiempo o del espacio: la tierra se abre, el tiempo se escinde; por la abertura vemos 'el otro lado' del ser" (*Arco*, p. 134). El contexto, la alusión a lo "abierto" y la visión resultante, contribuyen a la conclusión a que hemos llegado. La "aparición" revela en último lugar a otro ser contenido en el hombre, "el otro." Octavio Paz compara el deseo sexual con el grito del ser que quiere ser liberado: "El ser del hombre contiene ya a ese otro que quiere ser.... La amada está ya en nuestro ser, como sed y 'otredad.' Ser es erotismo.... La voz del deseo es la voz misma del ser, porque el ser no es sino deseo de ser" (*Arco*, p. 177). La existencia es un deseo angustiado de hallar "la mitad perdida" y, como consecuencia, la vida del autor se convierte en una incesante búsqueda de sí mismo. Dice: "Vivir es ir hacia adelante, avanzar hacia lo extraño y este avanzar es ir al encuentro de nosotros mismos" (*Arco*, p. 145).

Según Paz, el éxtasis amoroso es el producto de una reconciliación espiritual entre seres opuestos, y esta comunión constituye una reconquista del Ser total del hombre. En su relación con la mujer es uno:

> El amor nos suspende, nos arranca de nosotros mismos y nos arroja a lo extraño por excelencia: otro cuerpo, otros ojos, otro ser. Y sólo en ese cuerpo que no es el nuestro y en esa vida irremediablemente ajena, podemos ser nosotros mismos. Ya no hay otro, ya no hay dos. El instante de la enajenación más completa es el de la plena reconquista de nuestro ser. (*Arco*, p. 129)

La siguiente es una descripción mucho más completa y poética de lo anterior. Explica el autor:

> como un agua profunda brotando, como el mar cubriendo la playa, las presencias vuelven a la superficie.... Marea del ser. Y llevado por la ola del ser, me acerco, toco tus pechos, rozo tu piel, me adentro por tus ojos. El mundo desaparece. Ya no hay nada ni nadie: Las cosas y sus nombres y sus números y sus signos caen a nuestros pies. Ya estamos desnudos de palabras. Hemos olvidado nuestros nombres y nuestros pronombres se confunden y enlazan: yo es tú, tú es yo. Ascendemos, disparados hacia arriba. Caemos.... La presencia pierde pie, anegada en sí misma. Pierde cuerpo el cuerpo. El ser se precipita en la nada. El ser es la nada. La nada es el ser. Abro los ojos: un cuerpo ajeno. El ser ha vuelto a ocultarse.... (*Arco* pp. 147-8)

Esta descripción facilita nuestra comprensión de lo que Paz quiere decir con la primera parte del pasaje siguiente. El amor es, en esencia, un descubrimiento paradójico del ser propio y de la nada: "... el amor es simultánea revelación del ser y de la nada ... algo en lo que nosotros participamos, algo que nosotros nos hacemos: el amor es creación del ser. Y ese ser es el nuestro" (*Arco*, p. 148). Eduardo González Lanuza, en un artículo aparecido en *Sur*, hizo el siguiente comentario: "el poeta ... no persigue tanto a su propio ser integrado en el de la amada, sino que pretende asir en su abrazo, en el encuentro de sus parcialidades, la totalidad misma del Ser...."[3] Ramón Xirau hace un resumen general: "Más que en ninguna otra experiencia humana, en el amor encontramos y somos por fin la 'mitad perdida' en el cuerpo y en el alma de la amada."[4]

En el total abandono de lo real, de lo tangible y de lo mundano, el hombre se encuentra en un estado de vertiginosa liberación que reviste a su ser de una conciencia totalmente nueva, una conciencia de lo infinito. Paz lo explica así en un artículo publicado en 1943 que lleva expresivamente el título "Poesía de soledad y poesía de comunión"

> En lo alto de este contacto y en la profundidad de ese vértigo el hombre y la mujer tocan lo absoluto, el reino en donde los contrarios se reconcilian y la vida y la muerte pactan en unos labios que se funden. El cuerpo y el alma en ese instante son lo mismo y la piel es como una nueva conciencia, conciencia de lo infinito, vertida hacia lo infinito....[5]

La aparición de la mujer representa la redención del caos y la oportunidad de "vivir" de nuevo, de ser recreado: "La presencia rescata al ser. O mejor dicho, lo arranca del caos en que se hundía, lo recrea" (*Arco*, p. 147).

Es evidente que la fascinación erótica representa para Octavio Paz mucho más de lo implica corrientemente. El deseo sexual sobrepasa las limitaciones corporales, es de dimensión metafísica, y se convierte en parte de la buscada promesa de un inefable "algo más." Dice: "Más allá de ti, más allá de mí, por el cuerpo, en el cuerpo, más allá del cuerpo, queremos ver *algo*. Ese algo es la fascinación erótica, lo que me saca de mí y lleva a ti: lo que me hace ir más allá de ti. No sabemos a ciencia cierta lo que es, excepto que es algo *más*. Más que la historia, más que el sexo...."[6] Este "algo más" constituye la esencia de la experiencia nutrida por el sexo: "El erotismo es deseo sexual y algo más; y ese algo más es lo que constituye su esencia propia. Ese algo se nutre de la sexualidad..." ("Lo impensable," p. 107). Manuel Durán, poeta y crítico, reconoce la importancia del amor en la obra de Paz, pero, como González Lanuza, comprende que es un medio que lleva a un fin de proporciones mucho mayores: "La función del erotismo es esencial: a través de él reconocemos la radical 'otredad' de la persona amada, pactamos con ella, la aceptamos y la rechazamos a un mismo tiempo, tratando de ir más allá."[7]

Hasta ahora nos hemos limitado a presentar y comentar las ideas principales de Octavio Paz sobre la mujer y el erotismo. Sin embargo, es importante considerar algunos puntos relacionados con estos temas antes de finalizar nuestro estudio.

Es interesante observar, por ejemplo, que Paz compara la exaltación y la sensación de fusión sentida en el amor, con el éxtasis del místico: "El éxtasis amoroso o místico es esa encarnación del hombre en su imagen: uno con el objeto de su deseo, es uno consigo mismo" (*Arco*, p. 235). Ambos culminan en una unión; en ambos casos la experiencia es

transitoria; el amante y el místico ansían la repetición de ese momento extraño e intoxicante. El religioso se siente animado por la creencia de que la unión será permanente en la vida eterna. Sin embargo, Octavio Paz, como otros que comparten sus convicciones, no se siente ni animado ni consolado por una promesa religiosa de eternidad espiritual. Se preocupa por *el aquí* y *el ahora*, como lo evidencia su afirmación de que la "eternidad" y lo "absoluto" no se hallan más allá del reino de los sentidos, sino que están contenidos en ellos mismos ("Comunión," p. 275).

Según el relato bíblico, el hombre fue creado en el Jardín del Paraíso y, si se salva, gozará de una eternidad paradisíaca. Conocemos la convicción de Paz de que el hombre, en su origen, era un Ser Completo, y, cuando llega a su mayor exaltación, se ve nuevamente como Uno. Llevando todavía más lejos la analogía: en el sacramento de la Comunión, los cristianos toman parte en el cuerpo de Cristo, que es la fuente principal de su alimento espiritual durante el tiempo en que aguardan la "eternidad." Para Paz, la eternidad está asociada con la mujer, y cuando toma parte en ella, su alimento carnal y espiritual, experimenta su "eternidad" que es la Totalidad. El mismo expresa esta compleja idea y su deuda para con el poeta alemán Novalis cuando dice: "Novalis ha dicho: 'El deseo sexual no es quizá sino un deseo disfrazado de carne humana.' El pensamiento del poeta alemán, que ve en la mujer 'el alimento corporal más elevado,' nos ilumina bastante acerca del carácter profundo ... del amor: se trata, por medio de la antropofagia, de readquirir nuestra naturaleza paradisíaca" ("Comunión," p. 273). Parte Paz del mismo concepto cuando se refiere al deseo sexual como "canibalismo erótico." Es interesante notar el empleo que hace de la palabra canibalismo, asociada con la falta de civilización y el primitivismo, y la idea de la vuelta del hombre a su estado prístino de totalidad: "Gracias al canibalismo erótico el hombre cambia, esto es, regresa a su estado anterior.... La mujer nos exalta, nos hace salir de nosotros y, simultáneamente, nos hace volver. Caer: volver a ser. Hambre de vida: hambre de muerte" (*Arco*, p. 130).

Opinamos que el problema de la mujer y la eternidad está relacionado con la frecuencia con que Paz asocia a la mujer, el amor y el erotismo con la vida y la muerte. El ejemplo siguiente es uno de los muchos que se pueden tomar de su prosa para ilustrar este punto de vista:

> Fuerza, apetito que quiere ser, ser hasta el límite y más allá del límite del ser, hambre de eternidad y de espacio sed que no retrocede ante la caída, antes bien busca palpar en su exceso vital, en su desgarramiento de sí, esa caída sin fin que le revela la inmovilidad y la muerte, el reino negro del olvido. Hambre de vida, sí, pero también de muerte. ("Comunión," p. 274)

La comunión resultante no sería posible si el hombre no se rindiese completamente y entrase en "el reino negro del olvido." Esto podría interpretarse como una "muerte" en el sentido de que es el abandono total de lo mundano y una suspensión, una paz transitoria, pero que paradójicamente, no difiere mucho de la prometida paz eterna de la muerte. La comunión constituye un renacimiento del hombre a su condición original de totalidad: "La experiencia de la 'otra orilla,' implica un cambio de naturaleza: es un morir y un nacer" (*Arco*, p. 116). Al reunirse con la "mitad perdida," Paz siente la armonía universal, aunque sólo sea por un instante: "... siendo deseo, es hambre de comunión, hambre de caer y morir tanto como de renacer—que nos dé un pedazo de vida verdadera, de muerte verdadera. No le pedimos la felicidad, ni el reposo, sino un instante, sólo un instante, de vida plena, en la que se fundan los contrarios y vida y muerte, tiempo y eternidad, pacten" (*Lab.*, p. 176-7).

Muy próximo al tema de la vida y la muerte, aparece una asociación entre el erotismo como creación y destrucción. En el acto amoroso se crea un nuevo ser, y, por una vez al menos, se destruye la naturaleza segmentada del hombre. Al hablar de la naturaleza doble y enigmática de la mujer, Paz señala que, en la mayoría de las culturas, las diosas de la creación lo son también de la destrucción: "La mujer ... es figura enigmática. Mejor dicho, es el Enigma... Es la imagen de la fecundidad, pero asimismo de la muerte. En casi todas las culturas las diosas de la creación son también deidades de destrucción" (*Lab.*, pp. 59-60). Es interesante observar que ese tipo de diosa apareció de una manera predominante en la jerarquía azteca. Al discutir su naturaleza doble; Paz afirma que Coatlicue es a la vez vida y muerte: "Coatlicue está cubierta de espigas y calaveras, de flores y garras. Su ser es todos los seres. Lo de adentro está afuera. Son visibles al fin las entrañas de la vida. Pero esas entrañas son la muerte. La vida es la muerte" (*Arco*, p. 126). Coatlicue es una de las diosas de la tierra. La dualidad de la diosa femenina refleja la naturaleza dualista de la tierra. Creemos que en este caso existe una asociación entre la femineidad de la tierra, personificada en Coatlicue, y el concepto que tiene Octavio Paz de la mujer. Se ha establecido la naturaleza doble de la mujer. El hombre se nutre de ella en un "canibalismo erótico," una experiencia que incluye, como ya se ha señalado, la vida y la muerte. Durante la vida, el hombre está nutrido físicamente por la tierra, pero a su muerte vuelve y se consume en ella. Es significativo el establecimiento de esta analogía ya que se relaciona con las imágenes que aparecen en la poesía de Octavio Paz.

Ya hemos hecho referencia a una convicción de que la dialéctica de la soledad de Octavio Paz coincide con una visión freudiana de la condición universal del hombre. El resumen que Paz hace de este punto de vista apoya nuestra tesis:

> Uno con el mundo que lo rodea, el feto es vida pura y en bruto, fluir ignorante de sí. Al nacer, rompemos los lazos que nos unen a la vida ciega que vivimos en el vientre materno, en donde no hay pausa entre deseo y satisfacción. Nuestra sensación de vivir se expresa como separación y ruptura, desamparo, caída en un ámbito hostil o extraño. A medida que crecemos esa primitiva sensación se transforma en sentimiento de soledad. (*Lab.*, p. 175)

La vuelta de Octavio Paz hacia la mujer como medio de trascender la soledad, la alienación y la hostilidad del mundo no es, en sí misma, un concepto original. Sin embargo,

creemos haber señalado que la mujer para él es el símbolo de la otredad, el bálsamo de su herida ontológica y que le sirve para recrear su Ser fragmentado. Tal como él mismo lo explica en su prosa, es evidente que el erotismo de Octavio Paz es profundo en su origen, distinto en sus fines y metafísico en su intención.

Fairfield University

[1] Octavio Paz, *El arco y la lira*, primera ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1956), p. 128. Después citado como *Arco*.

[2] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 2a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), pp. 187-8. Después citado como *Lab*.

[3] Eduardo González Lanuza, "Octavio Paz: A la orilla del mundo," *Sur*, Núm. 109 (noviembre, 1943), p. 73.

[4] Ramón Xirau, *Poetas de México y de España* (Madrid: Ediciones José Porrúa Turranzas, 1962), p. 155.

[5] Octavio Paz, "Poesía de soledad y poesía de comunión," *El hijo pródigo*, Núm. 5 (agosto, 1943), p. 274. Después citado como "Comunión."

[6] Octavio Paz, "Corriente alterna: lo impensable," *Sur*, Núm. 268 (enero-febrero, 1961), pp. 111-2. Después citado como "Lo impensable."

[7] Manuel Durán, "Libertad y erotismo en la poesía de Octavio Paz," *Sur*, Núm. 276 (mayo-junio, 1962), p. 76.